

# Lo nuevo siempre viene

En «Lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer» (Autonomía Literaria, 2020), Nancy Fraser presenta un panorama de la política norteamericana que me parece muy útil para nuestros debates sobre el equilibrio y las perspectivas de la izquierda brasileña.

Partiendo de la constatación de que estamos atravesando una crisis política mundial que implica el debilitamiento brutal de la autoridad de los partidos y de la clase política y que, por lo tanto, se busca nuevas ideologías, organizaciones y liderazgos, Fraser señala la existencia de una crisis de hegemonía. Simplificando el concepto desarrollado por Antonio Gramsci, la hegemonía «es el término que utiliza para explicar el proceso por el cual una clase dominante hace que su dominio parezca natural infiltrándose en los supuestos de su propia visión del mundo como el sentido común de la sociedad». (p. 35)

La contrapartida organizativa de la construcción de la hegemonía es la constitución de un bloque hegemónico, es decir, «una coalición de fuerzas dispares que la clase dominante reúne y a través de ella afirma su liderazgo».

El bloque hegemónico anterior a Trump era lo que Fraser llama «neoliberalismo progresivo», una alianza entre las corrientes liberales del feminismo, la lucha antirracista, el ecologismo, la lucha LGBTQ+, con los sectores financieros y la vanguardia de la economía norteamericana, es decir, Wall Street, Silicon Valley y Hollywood.

Para entender esta alianza es necesario apropiarse de dos conceptos utilizados por Fraser: distribución y reconocimiento.

La distribución es la visión de cómo la sociedad debe asignar los bienes, especialmente los ingresos, la riqueza. Está

directamente relacionado con la estructura social y la división de clases. El reconocimiento expresa cómo la sociedad comparte el respeto y la estima, las marcas morales de la pertenencia. Está relacionado con las jerarquías de la condición social.

Según Fraser, la combinación de estos dos aspectos de la ley y la justicia ha forjado la hegemonía capitalista en los Estados Unidos y Europa desde mediados del siglo XX. Para ella, la distribución y el reconocimiento son los «componentes esenciales de las hegemonías» (37) y fue el descrédito del nexo normativo entre ellas lo que rompió el bloque hegemónico anterior a Trump e hizo posible el surgimiento del «triunfismo».

Este bloque hegemónico «progresista – neoliberal» tenía como eje de la política económica el desmantelamiento de las barreras y protecciones a la libre circulación de capitales. Esta línea, iniciada por Ronald Reagan y profundizada y consolidada por Clinton, causó una brutal reducción del nivel de vida de la clase obrera y la clase media y transfirió la riqueza a los de arriba, incluso a los niveles superiores de las clases profesionales directivas. Junto con esta política plutocrática vino «un ethos de reconocimiento superficialmente igualitario y emancipador». En el centro de este espíritu estaban los ideales de diversidad, el empoderamiento de la mujer, los derechos de los LGBTQ+, el post-racialismo, el multiculturalismo y el ambientalismo. Estos ideales fueron interpretados de una manera específica y limitada, totalmente compatible con la ‘Goldman Sachsificação’ de la economía estadounidense». (39)

El antagonista de este bloque hegemónico del neoliberalismo progresivo era el neoliberalismo reaccionario. Su política de distribución era similar, aunque sus discursos pretendían defender a las pequeñas empresas, su objetivo era fortalecer las finanzas, la producción militar y la energía no renovable. Lo que lo diferenciaba del neoliberalismo progresivo era su

visión de lo que sería un orden de estatus más justo: racista, patriarcal, homofóbico, anti-inmigrante y pro-cristiano. Sus diferencias más importantes fueron en el campo del reconocimiento y no en el de la distribución.

Fraser define que «la hegemonía tiene que ver con la autoridad política, moral, cultural e intelectual de una visión del mundo particular – y con la capacidad de esta visión del mundo para encarnarse en una alianza duradera y poderosa de fuerzas sociales y clases sociales. El neoliberalismo progresista ha disfrutado de esta hegemonía durante varias décadas. Ahora, sin embargo, su autoridad está gravemente debilitada, si no completamente destruida». (76)

Esta polarización entre dos modelos muy similares desde el punto de vista económico ha dejado huérfanas a las víctimas de la financiarización y la globalización empresarial en «una zona vacía y desocupada, donde la política antineoliberal a favor de las familias trabajadoras podría haber echado raíces». (46) Esto es lo que Fraser llama la «brecha hegemónica». (45)

Cuando Barack Obama apareció en la escena política en medio de la peor crisis financiera desde la Depresión, algunos pensaron que podría llenar este vacío: «Barack Obama podría haber aprovechado la oportunidad para movilizar su apoyo masivo a favor de un cambio importante de alejamiento del neoliberalismo, incluso frente a la oposición del Congreso. En cambio, confió la economía a las mismas fuerzas de Wall Street que casi la habían destruido». ( 46)

La expresión de esta brecha fue el movimiento Occupy Wall Street en 2011. Un descontento que no tenía interlocutores en la política institucional estalló y terminó, según Fraser, sirviendo principalmente para reelegir a Obama en 2012, pero también prediciendo un terremoto que estaba por venir. Siguió la frustración y la crisis de representación, los dos bloques neoliberales se derrumbaron y el «terremoto

finalmente sacudió la carrera electoral de 2015-2016, cuando el descontento prolongado se convirtió repentinamente en una crisis de autoridad política». (48)

El resto de la historia es bien conocida, con Bernie Sanders jugando al anti establishment a la izquierda y Trump a la derecha. Fraser define estos dos fenómenos como populismo reaccionario y populismo progresivo, utilizando el término 'populismo' en el sentido de una política con atractivo popular, sin la connotación peyorativa que se le atribuye en Brasil[1].

Ambos criticaron las políticas neoliberales de distribución, pero sus políticas de reconocimiento fueron opuestas. Universalismo e igualitarismo contra nacionalismo y proteccionismo. La base social que Trump impugnó era blanca, recta, cristiana, una clase obrera tradicional que había perdido espacio, prestigio y dinero. Y estaba furiosa.

Pero Trump era, al menos en parte, un estafador electoral. Abandonó la política «populista» de distribución y duplicó su apuesta por la política reaccionaria de reconocimiento, constituyendo así un «neoliberalismo hiper-reaccionario». (53)

Pero Trump no constituyó un nuevo bloque hegemónico. Su derrota electoral en 2020 confirma la tesis de Fraser:

«Al desactivar la cara económico-populista de su campaña, el neoliberalismo hiper-reaccionario de Trump busca restablecer la brecha hegemónica que ayudó a abrir en 2016 – excepto que ahora no puede cerrar esa brecha. Ahora que el rey populista está desnudo, parece dudoso que la porción de la clase obrera de la base de Trump se satisfaga por mucho tiempo con sólo una dieta de (des)reconocimiento. (54)

Escrito en 2019, y como parte del esfuerzo por apoyar a Bernie Sanders en la representación del Partido Demócrata en las elecciones, el texto de Fraser contiene una predicción precisa: las políticas de reconocimiento que se desconecten

del eje de la justicia distributiva servirán a los esfuerzos por «restaurar el status quo anterior en alguna forma nueva». En ese caso, el resultado sería una nueva versión del neoliberalismo progresivo». (55) La victoria de Joe Biden y Kamala Harris encaja precisamente en este concepto, lo que no significa, bajo ninguna circunstancia, que la derrota de Trump no haya sido una gran victoria.

El relato de Fraser sobre la situación y los callejones sin salida en la política americana tiene particularidades propias del país. Sin embargo, hay muchos puntos de contacto con la situación mundial en general y con la situación brasileña en particular.

Si observamos el Brasil de Fernando Henrique Cardoso podemos ver claramente el neoliberalismo progresista de Clinton (no tan progresista como el americano, por razones obvias), así como las esperanzas despertadas y frustradas por Obama pueden identificarse con las despertadas por Lula y frustradas con las consecuencias de la crisis económica bajo Dilma Rousseff. La importancia del movimiento Occupy Wall Street tiene un paralelo en el estallido social de junio de 2013, que destapó el descontento, dejó paralizada a la mayor parte de la izquierda y abrió una caja de pandora que se derrumbó en Bolsonaro. El paralelismo entre Trump y Bolsonaro es bastante obvio.

Las elecciones municipales mostraron que Bolsonaro está lejos de cerrar la crisis de hegemonía abierta, sobre todo con la quiebra del petitismo y su política de conciliación de clases. También demostraron la fuerza que ganó la agenda antirracista y la consolidación de las mujeres y los LGBT como importantes actores políticos.

La crisis de hegemonía sigue abierta y no hay garantía de que su resultado sea similar a lo que ocurrió en los Estados Unidos, con el restablecimiento del neoliberalismo progresivo. Hay muchas variables abiertas, que van desde la posibilidad de

un juicio político del Bolsonaro – si las élites políticas llegan a la conclusión de que para superar la crisis económica agravada por la pandemia será necesario destituirlo – hasta su permanencia con consecuencias electorales aún difíciles de prever.

En las elecciones de EE.UU., después de la lucha por Bernie Sanders, todo el mundo se unió a Joe Biden para derrotar a Trump. No se puede descartar que algo similar suceda en Brasil. La derrota de Trump fue un acontecimiento de gran magnitud, precisamente porque representó, al igual que Bolsonaro en Brasil, un intento hiper-reaccionario de poner fin a la crisis de hegemonía, cerrando también las fisuras por las que se expresan los movimientos sociales más progresistas y acabando con las libertades democráticas y las conquistas civilizatorias tan difíciles de alcanzar. La tarea de la PSOL no es menos importante en este escenario.

Gramsci nos enseña que en esta crisis en la que lo viejo ha muerto y lo nuevo aún no puede nacer, hay un interregno en el que surgen «fenómenos patológicos» de los más variados tipos[2]. Estos fenómenos están en todas partes. Supongo que en los Estados Unidos la mayor de las últimas épocas ha sido la ocupación del Capitolio por milicias trumpistas, un gesto de desesperación ante la derrota, pero también una contraseña sobre los métodos que la extrema derecha está dispuesta a utilizar en todo el mundo.

En la vida cotidiana del Brasil vemos al vigilante de un supermercado, sobreexplotado, que golpea a un pobre hombre negro hasta matarlo; al policía, con un chaleco antibalas, que mata a un joven negro confundiéndolo con un ladrón; al hombre blanco, desempleado durante seis años, que mata a su ex esposa delante de sus hijas; al hombre, frustrado por su sexualidad reprimida, que golpea a la persona trans por odiarla por quererla. Ejemplos de atormentadores crueles que también son, en cierta medida, víctimas de un sistema que está podrido, pero que no caerán solos. Carecen de una visión programática y

de una perspectiva organizativa. Un programa anticapitalista que abarca demandas de distribución y reconocimiento y una organización que puede llevar a cabo la lucha por este programa.

Una conclusión se ilumina con el texto de Fraser, teniendo en cuenta las diferencias entre Brasil y los Estados Unidos: la necesidad de buscar la construcción de un nuevo bloque contra-hegemónico que unirá a todos los que resistan los ataques del Bolsonaro. Este bloque también debe luchar por conquistar a los sectores populares que votaron por él en 2018 -no por ser racista, misógino y homófobo, sino a pesar de ello- y que buscaban una representación para sus esperanzas de pertenencia e inclusión diezmadas por la crisis económica que se arrastra desde 2008 y que ha cobrado nuevo impulso con la pandemia.

Para ello es necesario destacar las raíces comunes de las injusticias de clase y de estatus en el capitalismo, estableciendo la conexión entre las agendas de reconocimiento y distribución. No es posible abordar la lucha antirracista sin revelar el entrelazamiento de raza y clase, así como nuestra lucha por los derechos de las mujeres y de las personas LGBTQ+ no es sólo para tratar de diversificar el orden social existente, dando más representación a un sistema político y económico que se beneficia de las más diversas formas de opresión para aumentar la explotación.

Es necesario buscar un nuevo bloque anti-hegemónico que tenga a la clase obrera como fuerza líder. Pero esta clase, como describe Fraser, no puede ser «restringida a una mayoría étnica blanca de hombres heterosexuales, trabajadores de manufactura y minería», un segmento que alimentó el triunfalismo en los Estados Unidos y que encuentra su paralelo en Brasil en los sectores atrasados de la clase obrera que apoyaron al Bolsonaro.

Esta clase obrera con capacidad para ser el eje del nuevo bloque contrahegemónico debe ser vista de manera

«interseccional», abarcando masivamente a los inmigrantes, mujeres y negros, trabajadores precarios, repartidores y trabajadoras domésticos (remuneradas o no). Los sindicatos son fundamentales para reinventarse y recuperar su representatividad y liderazgo, abarcando los nuevos segmentos aún desorganizados. Este bloque también puede convertirse en la principal fuerza capaz de atraer a la juventud, a la comunidad LGBTQ+ y a los sectores más empobrecidos de la clase media. El reto del PSOL es ser una fuerza organizativa que tenga la capacidad de impulsar, y quizás liderar, la formación de este bloque.